



ESPAÑA
después de la invasión de los pueblos del Norte.
 desde 409 al 585

Leguas de 25 al grado
 0 5 10 15 20 25 30
 Millas romanas de 75 al grado
 0 15 30 45 60 75 150

Vöslér, del.

Montaner y Simon.

v. Hetsch, grab.

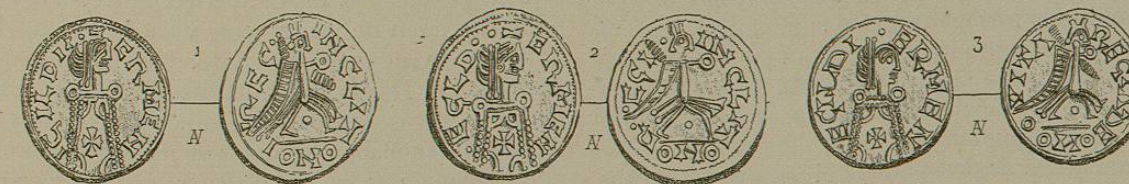
le propuso y pidió la paz, que el godo le concedió mas como tregua que como paz duradera y estable (575). Pasó luego á sujetar á los habitantes de Orospeña, que por dos veces se habian tambien alterado, y los subyugó igualmente y redujo á la obediencia, haciéndoles sufrir las leyes del vencedor (577).

Otros cuidados llamaban ya la atencion de Leovigildo, y vamos á presenciar las trágicas é interesantes escenas que ocurrieron en la familia real de España.

Habiase casado Leovigildo con Teodosia, hija de Severiano, gobernador bizantino de la provincia de Cartagena, de la cual habia tenido mucho tiempo antes de ser elevado al trono los dos hijos Hermenegildo y Recaredo. Viudo de Teodosia, contrajo segundas nupcias con Gosuinda, que lo era de su antecesor Atanagildo. La primera habia sido católica, la segunda era arriana furiosa. Sosegadas las turbulencias intestinas, hecha tregua con los suevos y reprimidos los imperiales, pensó el monarca visigodo en casar á su hijo mayor con la princesa franca Ingunda, hija de Sigiberto, rey de Austrasia, y de Brunquilda. Celebráronse las bodas con gran solemnidad y no menor regocijo. Pronto la diferencia de creencias habia de cambiar la alegría en luto. Fervorosa católica la jóven princesa, arriana intolerable la madrastra del príncipe su esposo,

intentó esta primeramente con fingidos halagos convertir á Ingunda al arrianismo: convencida de la ineficacia de los medios suaves, apeló pronto á la violencia, á que la inclinaba mas su índole y genio, llevando los malos tratamientos á tal punto que, al decir de San Gregorio de Tours, en su frenética rabia le rasgaba los vestidos, la mesaba los cabellos y la arastraba hasta hacerla verter sangre por las heridas. Tan bárbaro rigor no alcanzó á hacer vacilar la inquebrantada fe de la jóven princesa; y Leovigildo, menos intolerante entonces que la reina, creyó prudente alejar á los dos esposos, cediendo á Hermenegildo una parte de sus Estados, que fué la provincia de Andalucía. El príncipe godo, hijo de una reina católica, esposo de una princesa católica tambien, y sobrino del ilustre prelado católico de Sevilla Leandro, preparado por la educacion de la primera, edificado con el ejemplo de la segunda, y acabado de catequizar por los consejos y amonestaciones del tercero, convirtióse tambien á la fe católica, y recibió segunda vez el bautismo.

Gran contento infundió en los católicos de España aquella conversion, tanto como enojo causó á Leovigildo y á Gosuinda. Llamó el padre á la corte á su hijo, so pretexto de tratar con él negocios del Estado. Hermenegildo, recelando acaso



HERMENEGILDO

que el llamamiento envolviera otras intenciones, desobedece á su padre que se prepara á marchar contra él. Las poblaciones católicas se levantan en favor del príncipe, y ofréncenle su apoyo los imperiales de la costa, y Miro, el rey de los suevos de Galicia. Era ya una conjuración formal á nombre de un principio religioso, en que entraban descendientes de la Escitia y de la Germania, y restos de los antiguos imperios de Oriente y de Occidente, á cuya cabeza se hallaba un príncipe godo. La lucha comenzada en el palacio entre una reina y una princesa, va á proseguirse con las armas en el campo de batalla entre el padre y el hijo. Sevilla fué el teatro principal de esta sangrienta y lamentable querrela, á la vez doméstica, civil y religiosa. Ejercitado y mañoso Leovigildo en el arte de sobornar, gana con dinero al jefe de los imperiales, á quien debió parecerle mejor empuñar treinta mil sueldos que las armas con que habia prometido auxiliar á Hermenegildo: el rey de los suevos que habia acudido con gente en ayuda del príncipe godo se halla cortado, interceptado por el viejo monarca, imposibilitado de pelear y forzado á pedir un acomodamiento; á poco tiempo le sorprendió la muerte (1). Para apretar el cerco de Sevilla inventó Leovigildo torcer el curso del Guadalquivir y reedificar los muros de la antigua Itálica. Al cabo de dos años de asedio, convencido Hermenegildo de la imposibilidad de prolongar la resistencia huyó á Córdoba, donde tomó asilo en un templo. Solo á instancias de su hermano Recaredo salió del lugar sagrado para arrojarse á los piés de su padre, cuya cólera esperaba desarmar, y así se lo habia persuadido su hermano. Pero el severo Leovigildo, obrando mas como monarca que como padre, y viendo en Hermenegildo menos al hijo humillado que al conspirador político y peligroso, le hace despojar de las insignias reales que llevaba, y cerrando el enojo la entrada á la piedad, le manda conducir á una prision de Sevilla. Ni la dureza de la prision, ni las privaciones, ni los halagos pudieron hacer que Hermenegildo renunciara á sus creencias religiosas. Desde allí, ó si hemos de creer el testimonio de Juan de Viçlara, desde Córdoba, fué desterrado á Valencia.

Las diminutas crónicas de aquel tiempo, sobre no hallarse muy contestes en el relato de algunas circunstancias de esta

discordia fatal, tampoco arrojan demasiada luz para poder graduar con exacto nivel la parte de culpabilidad que cupo á cada uno de los ilustres actores de este drama funesto en conducirle al trágico desenlace que despues tuvo. Mas todas nos representan al monarca y al príncipe, al padre y al hijo, obrando á impulso de la creencia religiosa y de la conveniencia política, y sacrificando á ellas, el respeto paternal el uno, la ternura filial el otro. Hermenegildo aparece por segunda vez aliado con los imperiales, protegido por el pueblo, en su mayor parte católico, y tal vez alentado por los reyes francos de las Galias, católicos tambien, y padres ó parientes de Ingunda, haciendo armas contra el monarca. Nuevamente irritado Leovigildo, siempre impetuoso y duro, persigue á su hijo hasta hacerle prisionero, y le encierra en un calabozo de Tarragona. En vano trabaja Leovigildo por arrancar á su hijo una abjuración de la fe católica: Hermenegildo resiste á todas las sugestiones con la entereza de un héroe y con la firmeza y la imperturbabilidad de un mártir. Llegada la Pascua, el padre le envia un obispo arriano para que reciba de su mano la comunión: el príncipe católico, perseverante en sus creencias, desoye las persuasiones del prelado hereje, y le despide con desabrimiento. El desairado obispo da cuenta al rey del resultado de su mision, y el arrebatado Leovigildo, montando en cólera, expide la órden fatal: los satélites armados del enfurecido monarca penetran en la prision de Hermenegildo: Sisberto su jefe descarga el golpe de su hacha sobre el cuello del ilustre prisionero, y la cabeza del príncipe católico cae rodando en cumplimiento de la órden del monarca arriano: el juez y el sentenciado, el verdugo y la víctima eran un padre y un hijo. La Iglesia católica ha colocado á Hermenegildo en el catálogo de los santos mártires (2).

(2) Entre las muchas y contradictorias relaciones de estos lamentables sucesos que hemos examinado, nos hemos guiado principalmente para la nuestra por el cronista Juan de Viçlara, escritor contemporáneo, el mas inmediato al teatro de los acontecimientos, y á quien alcanzaron las persecuciones de Leovigildo, sin dejar de admitir de Gregorio de Tours, escritor contemporáneo tambien, pero que escribia mas léjos del sitio en que los hechos acontecian, lo que no se opone á la relacion del Viçlarense, y que este pudo omitir por el laconismo con que entonces se escribian las crónicas. Este es tal que San Isidoro nada dice de un hecho tan importante como la muerte de San Hermenegildo, y el de Viçlara le dedica una sola línea en que dice: *Hermenegildus in urbe Tarraconensi a Sisberto interficitur.*

(1) Segun el Viçlarense, el rey Miro murió en el cerco de Sevilla: segun San Gregorio de Tours, se volvió enfermo á Galicia, donde murió muy pronto.

Tal fué el término lamentable y triste (585), que tuvieron las disidencias religiosas entre el monarca y el príncipe godo, después de cerca de seis años de alteraciones y de disturbios. La desgraciada princesa Ingunda, que se hallaba en poder de los imperiales, murió en Africa cuando era llevada á Constantinopla con el hijo que de Hermenegildo había tenido. El huérfano príncipe llegó á su destino, y se educó y creció al lado del emperador griego Mauricio, hasta que su abuela Brunequilda solicitó vivamente su rescate y libertad.

En este intermedio Leovigildo había hecho celebrar en Toledo un concilio en que aparentando querer concertar á los católicos con los arrianos se presentó una fórmula capciosa de bautizar que envolvía disimuladamente la misma herejía arriana. Algunos obispos católicos tuvieron la debilidad de suscribir la, con lo que menguó por entonces el partido de Hermenegildo. Mas esto no impidió al exaltado é intolerante monarca, que se había hecho mucho mas iracundo con las contrariedades que su hijo y los católicos del reino le suscitaban, para que comenzara un sistema de cruda persecucion contra los prelados y sacerdotes ortodoxos, ya desterrando á los mas ilustres y virtuosos de entre ellos, entre los cuales lo fué á Barcelona el mismo Juan de Viciara, autor de la crónica, ya confiscándoles los bienes, ya llenando las cárceles de católicos, ya empleando los tormentos y los suplicios, y vióse en el siglo VI de la Iglesia reproducir la herejía en España escenas semejantes á las que en el III y IV había ofrecido el paganismo. Fué el último desahogo de la herejía, sostenida por el trono y proscrita por el pueblo.

Por este tiempo acabó de desaparecer el reino de los suevos. El activo Leovigildo supo aprovechar la revolucion que entre aquellas gentes estalló con motivo de la muerte de Miro. Habiale sucedido su hijo Eborico, jóven de corta edad. Levantóse contra él un poderoso suevo llamado Andeca y le arrebató el cetro. Habiale hecho cortar el cabello, ceremonia con que los hombres de la raza germánica inhabilitaban á los príncipes para reinar, y recluídole en un monasterio; casóse en seguida con su viuda para mas asegurarse en el trono. Halló en esto Leovigildo especiosa ocasion y pretexto para acabar de aniquilar el imperio de los suevos, y pasando con su ejército á Galicia so color de castigar al usurpador Andeca, llevándolo todo á fuego y sangre, apoderóse fácilmente de Braga, residencia de Andeca, y usando con el intruso la propia conducta que él había tenido con Eborico, cortóle tambien el cabello, hizole ordenar de sacerdote, y le envió desterrado á Beja. Así acabó la monarquía de los suevos, quedando desde entonces sujeta al dominio de los godos á los ciento setenta y seis años de la primera invasion. La nacion sueva quedó, pues, refundida en la monarquía visigoda.

Pero aun no han acabado las guerras para Leovigildo, cuya larga vida había de ser una cadena no interrumpida de graves acontecimientos, cada uno de los cuales había de valerle un triunfo. Los francos, siempre en acecho y siempre codiciosos de la Galia gótica, enemigos y rivales perpetuos de los godos, irritados además con la muerte de Hermenegildo su correligionario, pariente y aliado, resuelven despojar á los visigodos de sus bellas posesiones de la Galia. Gontran (*Gonth-hram*, fuerte en la batalla) de acuerdo con Childeberto (*Hildebert*, pasmoso en el combate), es el que toma á su cargo esta expedicion, y la toma con ardor y coraje. «¿No es vergonzoso, les decia á sus tropas, que los abominables godos extiendan los límites de su imperio hasta las Galias (1)?» Y con todo el ejército de su reino dividido en dos cuerpos invade por ambos extremos la Septimania, llegando por la una parte á Nimes, por la otra á Carasona. Esta última ciudad les abre las puertas, pero la brutalidad de los soldados francos subleva á los habitantes, que los arrojan denodadamente de su recinto, y colocan la cabeza del conde Terenciolo, jefe de los francos, clavada en una pica sobre la muralla.

Entre tanto Leovigildo había dado orden á su hijo Recaredo para que pasase á las Galias á contener á los francos, que por la parte de Nimes habían hecho horribles destrozos: conducianse como vándalos; la relacion de sus atrocidades hecha

(1) Greg. Turon. lib. VIII, c. 30.

por los mismos escritores de su nacion hace estremecer. A la noticia de la aproximacion de Recaredo levantan el sitio de Nimes y se pronuncian en retirada; pero asolado antes por ellos mismos el país que tenían que atravesar, los mas perecen de hambre y de miseria. Recaredo, aventados los enemigos á su sola presencia, avanza al territorio de los francos, penetra en él y toma varias fortalezas; Gontran desahoga su cólera reconviniendo á presencia de cuatro obispos á los generales vencidos, y atribuyendo los últimos desastres á su poca devocion por el culto de los santos. En esto llega el invierno y Recaredo repasa los Pirineos y se vuelve á España dejando aseguradas de toda agresion las posesiones hispanogodas.

Leovigildo estaba no siendo menos afortunado por mar que por tierra. Mientras Recaredo se internaba victorioso en el país de los francos, una flota enviada por el rey Gontran había abordado á las costas de Galicia, con objeto de promover una insurreccion en los suevos. Avisado Leovigildo oportunamente, prepara su armada, y los buques españoles destrozan los de los francos, pudiéndose salvar solo dos ó tres para llevar á Gontran la nueva de la catástrofe (2).

Habiale negociado Leovigildo la boda de su hijo Recaredo con Ringunda, hija de Chilperico, que reinaba en Paris, especie de Neron de los francos, y de la famosa Fredegunda. Vencidos ya algunos obstáculos, Leovigildo trató de traer á Ringunda á Toledo, y Chilperico hizo los convenientes preparativos para el viaje de su hija. Los conquistadores de la vieja Galia fundaban los dotes de sus hijas sobre los tributos que imponian á las propiedades y á las personas de sus súbditos, y Chilperico arrancó de sus casas á cuatro mil habitantes de Paris para que acompañasen en calidad de esclavos á la futura esposa de Recaredo: con esto y con cincuenta carros cargados de riquezas por el mismo medio arrancadas, púsose en camino el lujoso cortejo de la jóven princesa. A poca distancia de Paris la brillante comitiva se ve asaltada por un cuerpo de caballería de otros francos: eran enviados por el rey Childeberto, tío de la novia, con encargo de protestar contra su matrimonio, y requerirla que se volviese á Paris. Median algunas explicaciones entre unos y otros, y la permiten al fin continuar su jornada, no sin llevarse cien caballos con frenos y caparazones de oro. Todos fueron azares en esta expedicion nupcial. Grupos de paisanos armados de la Galia Meridional se oponian á su marcha. Llega al fin Ringunda á Tolosa: invade la ciudad el conde Desiderio, hijo natural de Clotario, y se apodera de todas las riquezas y de la persona misma de Ringunda: al propio tiempo llega la noticia de la muerte de su padre Chilperico: todo el mundo abandona á la prometida de Recaredo; su madre Fredegunda envia por ella, vuélvese Ringunda sola á Paris; Recaredo por su parte indispuesto con los francos renuncia á su mano, y queda deshecho este matrimonio. Recaredo casó despues con la hija de uno de los principales godos de la Península llamada Bada.

Leovigildo, achacoso y anciano, fatigado ya tambien de tan larga lucha, queriendo dejar asegurada la paz del reino, entabló negociaciones de alianza con Gontran, rey de los francos. Mas todas sus gestiones se estrellaron en el carácter duro é inflexible de este monarca y en su inextinguible odio contra los godos. Irritado Leovigildo con tan obstinada repulsa, envia de nuevo á Recaredo á la Septimania. Pronto tuvo que volver el hijo á recoger los últimos suspiros del padre, cuyos achaques se habían agravado. Cuestionábase si Leovigildo algunos dias antes de morir se convirtió á la fe católica, movido por las persuasiones de Leandro, metropolitano de Sevilla. Discrepan en esto los mismos cronistas, y es asunto sobre el que no pueden formarse sino conjeturas. Murió en Toledo á fines del año 586. Cuando llegó Recaredo á aquella ciudad le halló ya difunto.

Fué Leovigildo uno de los monarcas mas grandes que tuvo

(2) *Naves quo de Gallis in Galliam abierant ex jussu Leovigildi regis vastate sunt, res ablatae, omnes caesi, nonnulli captivi... ex quibus pauci quodammodo scaphis erepti, patrie que acta fuerunt nuntiaverunt* Greg. lib. VIII, c. 35.

el imperio godo. Guerrero de gran corazon, y astuto político, así supo vencer y sosegar todas las alteraciones intestinas, como refrenar y tener en respeto á los imperiales, restablecer la disciplina de su ejército, aniquilar la monarquía de los suevos y unirla á su corona, escarmentar á los francos y conquistar plazas, y redondear y aun extender el imperio godo. Era diestro en el soborno, y mañoso en sembrar la discordia entre los enemigos. En la paz no desplegó menos actividad y energía que en la guerra. Como administrador asentó un sistema completo de hacienda: como legislador, modificó muchas de las disposiciones del código de Alarico, y le añadió leyes nuevas. Leovigildo creó instituciones que han durado hasta nuestros dias: fué el primero que estableció el fisco real; el primero que adoptó las insignias que aun distinguen á los reyes de España, el trono, el manto, el cetro y la corona: el primero que se presentó en una asamblea pública revestido con estos atributos, y que sentado en un magnífico solio en su palacio de Toledo recibia en audiencia los grandes, los obispos y el pueblo. Hasta aquí las voces de trono, de cetro y de corona solo han podido usarse en sentido figurado: desde ahora ya son los verdaderos emblemas del poder real. Mas Leovigildo por otra parte era avaro, cruel, fanático por el arrianismo, y hemos visto hasta qué punto llevó su severidad con su hijo Hermenegildo.

Pero una revolucion va á efectuarse en el imperio gótico. En todos tiempos, y aun mas en aquellos en que el principio religioso es el elemento que principalmente influye en la política de los reyes y en la suerte de los pueblos, y en que las cuestiones de religion preocupan todos los ánimos y son las que producen las guerras y alteraciones, el acontecimiento mas grande que puede sobrevenir es un cambio de creencias en los que rigen y gobiernan el Estado. El que se preparaba en el reino hispano-gótico había de influir en la condicion del pueblo español por largas generaciones y siglos, acaso hasta la consumacion de ellos.

Muerto Leovigildo, fué reconocido, mas bien que nombrado rey de los godos su hijo Recaredo (*Reke*, venganza, *Rede*, palabra), que gozaba ya de gran reputacion por su comportamiento en las campañas de la Septimania, volviendo así á restablecerse la sucesion dinástica como en tiempo de Teodoredo. La educacion de Recaredo había sido, como la de su hermano Hermenegildo, propia para disponer su espíritu al conocimiento de la verdadera fe: las predicaciones del prelado mas ilustre y mas influyente de la Iglesia española, Leandro de Sevilla su tío, el sostenedor infatigable de la lucha de su hermano, el que había convertido á este y defendido su causa con tanta energía, habían labrado tambien en su ánimo, y si ya, cuando príncipe no era Recaredo católico y acaso lo disimuló por no suscitar mas contrariedades á su padre, por lo menos tan pronto como ciñó la diadema (586), disfrazó ya poco su tendencia al catolicismo. El suplicio de Sisberto, de aquel capitán de guardias que había tenido la honra poco envidiable de ser el ejecutor de la muerte de Hermenegildo, fuese ó no Sisberto conspirador contra el nuevo monarca, mostró ya bien claramente que no era el arrianismo lo que Recaredo favorecia. Pero bastante ilustrado y discreto para conocer que el cambio de religion en un Estado, por mas dispuestos que parezca hallarse á él los pueblos, puede fácilmente producir alteraciones y disturbios, condújose con circunspeccion y prudencia, y dióse tiempo para sondear antes la opinion del clero y de las poblaciones.

A los diez meses de reinado, creyó ya estar seguro de que seria bien recibido en la nacion el cambio que meditaba, anuncia pública y formalmente Recaredo que abraza la fe católica, tal como está contenida en el símbolo de Nicea, repone en sus iglesias á los obispos desterrados por Leovigildo, erige y dota monasterios, y sin valerse de la soberanía para mandar, emplea solo la exhortacion con sus súbditos, españoles, godos y suevos, para que se conviertan como él al catolicismo (1).

Hicieron así la mayor parte de los arrianos, pero algunos, mas pertinaces, y principalmente aquellos prelados á quienes

(1) *Ratione potius quam imperio converti ad catholicam fidem facit*. Viciarens. Chron.

Leovigildo había colocado en las sillas de que expulsara á los obispos católicos y á quienes el nuevo monarca reponia, comenzaron á tramar contra él conjuraciones, así en España como en la Galia gótica. Aquí era Sunna, el obispo arriano de Mérida, que con los condes Segga y Viterico atentaban contra la vida del respetable Mausona, metropolitano católico de la misma silla desferrado por Leovigildo, y del duque Claudio, gobernador de Lusitania. Allí era el obispo arriano de Narbona Athaloco, á quien llamaban Arrio por su exaltacion y fogosidad en sostener las doctrinas del heresiarca, y que en union con otros dos condes ofrecia á Gontran la Septimania siempre que con sus tropas auxiliara la rebelion. Descubierta por el mismo Viterico la conjuracion de Mérida, desterrado el obispo Sunna, y trasportado el conde Segga á Galicia despues de haberle cortado las manos, otra conspiracion se fraguó dentro del palacio mismo, que hubiera sido mas peligrosa y temible si por fortuna no se hubiera frustrado tambien. Otro obispo arriano nombrado Uldila, de concierto con la reina Gosuinda, la viuda de los dos reyes Atanagildo y Leovigildo, de cuyo furor por el arrianismo tenia la familia real tan tristes pruebas, enderezaban sus planes, ya no solo contra la doctrina ortodoxa, sino tambien contra la vida del monarca. Sabida por el rey esta conjura, el obispo salió desterrado de España, y la muerte que en aquella sazón sobrevino á Gosuinda ahorró á Recaredo el trabajo de discurrir el castigo que impondria á la viuda de su padre. Nos maravillaremos de que á vista de tan repetidas conspiraciones se pusiera Recaredo en la necesidad de aparecer intolerante mandando recoger todos los escritos de los arrianos y entregarlos al fuego para que no quedara rasgo escrito de aquella doctrina?

Y todavía no cesaron las conjuraciones. Al año siguiente un duque de provincia, llamado Argimundo, perteneciente al oficio palatino, conspiró simultáneamente contra la vida del rey y contra el trono de que pretendia apoderarse. Los cómplices de esta maquinacion, tambien oportunamente descubierta, pagaron con la vida el atentado. Su jefe Argimundo, que aspiraba á ceñir la corona, sufrió la afrenta ignominiosa de ser paseado por las calles de Toledo, sentado sobre un jumento, con el cabello rapado y cortada la mano derecha, expuesto á la burla y escarnio de la plebe, despues de lo cual se le condenó á muerte (2).

La novedad del cambio de religion en el monarca y en el pueblo era demasiado importante para que Recaredo dejara de solemnizarla de la manera digna que tan gran negocio requería. Al efecto, convocado en Toledo un concilio general de todos los obispos de España (589), que era el tercero que se celebraba en aquella ciudad, congregados hasta el número de sesenta y dos prelados y cinco metropolitanos, entre los cuales se hallaba el esclarecido Leandro de Sevilla, alma y lumbrera de aquel concilio, presentóse el monarca ante la venerable asamblea; y renovando solemnemente el acta de abjuracion del arrianismo, declaró en su nombre y en el de la reina Bada que abrazaba y profesaba la fe católica y el símbolo de Nicea, reconociendo la igualdad de las tres personas divinas. Exhorta seguidamente á los obispos arrianos y á los grandes que asistian al concilio á que sigan é imiten su ejemplo en obsequio á la unidad de la Iglesia. Un prelado pregunta en su nombre si se adhieren á los sentimientos del monarca, y como por una inspiracion providencial todos suscriben á la profesion de fe de Recaredo, el cual entrega por su mano á los obispos el *tomo régio*, que contenia los puntos relativos al buen orden y disciplina de la Iglesia de que el concilio se había despues de ocupar.

Así quedó la religion católica solemnemente proclamada la religion del Estado en España. Así triunfó el principio religioso, el emblema de la civilizacion que se había anunciado en Judea, que había subido al trono de los Césares con Constantino, y que depurado de la herejía despues de algunos siglos de controversia y de lucha, se asentó puro y sin mancha en el trono español, esperamos que para no descender de él jamás. «Si los monarcas españoles, dijimos en nuestro discurso

(2) Juan de Viciara, que termina su crónica con la relacion de este suceso.